

Memorias a ritmo de fado

Eduardo Antonio Parra

Sumergirse en *Saudades* de Sandra Lorenzano, cuya estructura después del inicio con lo que menos se identifica es con una novela, resulta una experiencia, más que extraña, inquietante. ¿Qué pretende contarnos la autora y cómo va a hacerlo?, es quizá la primera pregunta que acude a nuestro cerebro. ¿Por qué desde la segunda página rompe el ritmo del relato, incluso de la forma, e inserta una reflexión cortada en una especie de estrofa conformada por cinco versos irregulares? ¿Estamos ante uno de esos vanos experimentos tipográficos tan socorridos por ciertos narradores hace dos o tres décadas? Las preguntas devienen dudas, y éstas se intensifican en cuanto comenzamos a hojear el resto del libro para darnos cuenta de que enseguida hay más cambios visuales: distintos tamaños y tipos de letra, fragmentos en prosa y en verso, citas de otros autores con referencia o sin ella, fotografías de escaleras, edificios y esculturas. De la inquietud pasamos al desconcierto. La tentación de cerrar el libro es fuerte... Sin embargo, los ojos se posan al azar sobre una de las páginas y su lectura nos provoca un ligero estremecimiento:

Sin relato, la memoria no existe. Es ésta la angustia del testigo. Contar, pero ¿contar qué? La imposibilidad de contar, por supuesto; esa “laguna” que no puede ser enunciada. El vacío. El horror. La memoria, entonces, la rodea con el tejido minucioso del lenguaje. El lenguaje del vacío, como los espejos vacíos. Por eso la escritura avanza en tinieblas; no es más que un balbuceo en tinieblas. (p. 42).

No se trata de una reflexión, sino de una aseveración que cualquiera que haya

intentado escribir comprende. Esas diez líneas expresan lo contradictorio del oficio de escritor. Su poder reside en la sencillez con que dicen lo que todos hemos sentido. De nuevo una pregunta: ¿de qué trata este libro? La curiosidad nos lleva a volver a hojearla deteniéndonos en un página donde sólo hay una frase:

Soy una voz que se ahoga. (p. 51).

Y, más adelante, en sólo seis líneas:

Sin el relato, la memoria no existe. La voz, aferrada al vacío, se adelgaza hasta el silencio, y no queda pasado, nunca hubo recuerdos, ni imágenes ni olores. El presente se quiebra en el vértigo cortándose la lengua. (p. 57).

A estas alturas la curiosidad no sólo ha vencido cualquier resistencia, sino que se ha transformado en interés genuino. Ya no nos preguntamos de qué trata *Saudades* queremos leerla de principio a fin, saber (aunque intuimos que no será fácil desentrañarla) cuál es la historia que da pie a estos pensamientos. Pero aún hojeamos más en busca de otras verdades, y damos con ésta frente a la fotografía de una iglesia:

El resto, las astillas, las ruinas... El horror está en el quiebre de la voz, en la discontinuidad de las frases, en la ausencia de palabras, en el balbuceo. Ésta es la única retórica posible cuando le pasamos a la historia el cepillo a contrapelo. (p. 107).

Y cuatro páginas adelante nos topamos con la que, perdida entre las demás, parece señalar con cierto candor la verdad más honda del libro; una verdad que, tras la

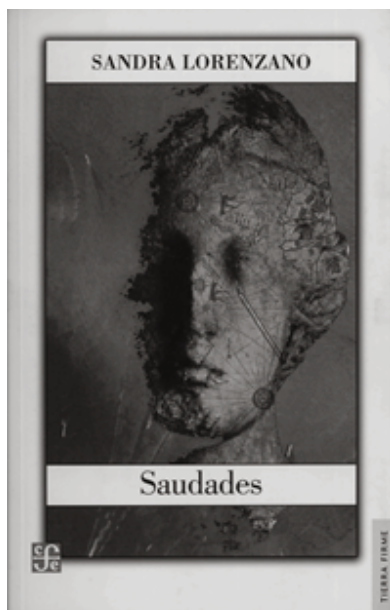
lectura de las anteriores, en vez de ahuyentar, atrae con fuerza nuestra atención hacia la página inicial del relato:

No hay trama. No hay argumento. No hay personajes. Solamente el lenguaje que no va a ninguna parte. (p. 111).

Pocos libros, como *Saudades* son capaces de transformar la disposición hacia su lectura después de una simple hojeada. Después de asimilar la luminosidad de los pensamientos que Sandra Lorenzano ha colocado al margen de lo que vendría a ser la columna vertebral de la historia, uno se interna en el laberinto fragmentado de sus páginas con la seguridad de que sabrá orientarse entre los meandros de un relato cuyo sustento se halla en las entrañas más que en la razón, en la exposición de recuerdos y sentimientos más que en la lógica convencional, en la sensibilidad poética más que en una secuencia narrativa, en los ritmos callados del lenguaje más que en las relaciones causa-efecto.

No obstante, aunque todo parecería indicar lo contrario, *Saudades* es una novela concebida y escrita con rigor, con una protagonista bien construida, con una historia visible y varias ocultas, con una serie de escenas dispersas que convergen en un tema central: el exilio.

Hablar del exilio es referirse a la pérdida, a la ausencia, a la inmigración, a la soledad, a la nostalgia y, por supuesto, a la memoria dividida y hecha añicos. La protagonista del relato —a quien tan sólo identificamos con la inicial A— sale de Argentina a exiliarse en Madrid, pero a mitad del camino decide permanecer en Portugal, pues es una apasionada de la obra de Fernando Pessoa. Es en Lisboa



donde comienzan a aflorar sus nostalgias que, al mezclarse ya sea a través de la lectura o del conocimiento personal con las de otros exiliados, conforman una especie de canto coral a ritmo de fado hasta impregnar al lector de esa sensación tan peculiar, tan portuguesa, que sólo es posible definir con la palabra saudade: el recuerdo de una dicha que no está presente, una mezcla de tristeza, alegría, esperanza y decepción suscitada por el pasado, el presente y un posible futuro, todo al mismo tiempo.

Esta convergencia de emociones y tiempos —o de emociones producto de dichos tiempos y a la vez recondidas por ellos—

que representa la saudade se refleja con claridad en la estructura de la novela. Con visión poética, en un intento por plasmar en palabras los procesos de la memoria, Sandra Lorenzano anula con acierto la secuencia temporal para crear una sensación de simultaneidad donde las diferentes épocas de una existencia se superponen hasta confundirse en una sola, como ocurre con nuestros recuerdos, y con el fin de reforzar tal sensación mezcla los puntos de vista en un contrapunto que convierte su materia narrativa en algo semejante a una composición musical: los hechos concretos, envueltos en emociones, pierden peso e importancia, se vuelven notas leves y llegan a nuestros oídos casi tan etéreos y a la vez tan terribles como los dolorosos versos entonados por una cantante de fado.

Conforme la lectura avanza, la protagonista va resignándose a vivir a pesar de sus pérdidas (la que más resiente es la de su hermano). Trata de contar su historia para que su memoria no se pierda en la nada, a pesar de que intuye que es imposible. Conoce a una mujer que sobrevivió a la Segunda Gran Guerra y a través de sus palabras comprende que no todo está perdido. Luego, en ese ir y venir de tiempos y recuerdos de pronto la encontramos varios años después en México, donde vive una intensa historia de amor con otra mujer que, con el fin de compenetrarse con A, decide experimentar en carne propia su experiencia del exilio y viaja a Portugal para vivir lo que su amada vivió en aquel país.

De este modo Sandra Lorenzano realiza una nueva superposición de perspectivas y al mismo tiempo una suerte de desdoblamiento de la protagonista en el objeto de su amor, quien a su vez deviene nueva protagonista contemplando los mismos recuerdos pero desde una emoción más luminosa, más esperanzadora. La espiral da una última vuelta y se cierra en un círculo para volver al principio de donde surgieron todos los recuerdos, las sensaciones y los sentimientos.

En trece citas de poetas y pensadores como el mencionado Fernando Pessoa, Paul Celan, Jorge Luis Borges, Juan Gelman, Walter Benjamin y Luis de Camoens; entre meditaciones sobre la imposibilidad de la escritura; entre recuerdos dolorosos, evocaciones interrumpidas o fragmentadas y observaciones plenas de lirismo, el argumento en apariencia oculto —sepultado bajo las palabras—, los personajes y sus historias de pérdidas poco a poco emergen a la superficie en estas páginas hasta volverse plenamente identificables. La técnica de *Saudades*, su estructura, su temática y su lenguaje son originales y colocan a Sandra Lorenzano en una posición de búsqueda, de vanguardia literaria. La suya es, sin duda, una apuesta narrativa bien lograda: la de todo escritor, como apuntan las últimas líneas de la novela:

Sandra Lorenzano, *Saudades*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007, 221 pp.

Sandra Lorenzano realiza una nueva superposición de perspectivas y al mismo tiempo una suerte de desdoblamiento de la protagonista en el objeto de su amor.